

JESUS SOLANO, S. J.

Santa Margarita María de Alacoque
«Su Carisma y Promesas»

En el III Centenario; 1673-75 a 1973-75

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

Depósito legal: 28466-1974

Imprime: Artes Gráficas ORELLANA
Cervantes, 59 CORIA DEL RIO (Sevilla)

PROLOGO

Los años 1973-1975 inciden en el Tercer Centenario de unos hechos importantes en la espiritualidad católica. En efecto, desde el 27 de Diciembre de 1673 al 20 de Junio de 1675, tuvieron lugar en el Monasterio de la Visitación de Paray le Monial (Francia) las principales apariciones y promesas del Corazón de Jesús a Santa Margarita Maria de Alacoque. Contaba a la sazón Margarita 26 años de edad y llevaba dos de vida religiosa y poco más de un año de profesión. Una vez más en la historia de la Iglesia se verificaron las palabras del Maestro Divino: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito» (Mt. 11, 25 s.).

El Apostolado de la Oración en España, de una manera solemne, ha iniciado la celebración de este Tercer Centenario con una «Evocación teológico-pastoral», que tuvo lugar el 10 de junio de 1974, en el Salón Borja, Serrano 104, Madrid. Ante un numeroso auditorio, que abarrotaba plenamente el Salón, la Presidenta del Consejo Seglar del AO, doña Milagro Sanchiz de García Lomas hizo la presentación de los tres oradores, que habían de tomar parte en el Acto.

Habló en primer lugar D. Javier Martín Artajo, Presidente del Consejo Secular del AO, quien presentó a Jesucristo mostrándose, hace tres siglos, a Santa Margarita María y enseñándole su Corazón como «símbolo» de su amor infinito a los hombres. Amor que Cristo fue explicitando a lo largo de su vida en la variada gama de actos que van desde el sacrificio cruento en el Calvario hasta la ténue brisa de sus miradas dulces y amables a los hombres.

Este amor está exigiendo a éstos un retorno de amor y reparación sinceros y totales, que evite el contrasentido de una sociedad, que se consagra a Cristo en el Cerro de los Angeles y pocos años después fusila a ese mismo Corazón Divino en una escena imborrable de saña y satanismo.

*El Apostolado en su acercamiento callado, íntimo y ca-
liente a Cristo por la oración es un cauce maravilloso y
seguro de amor y reparación al Corazón de Jesús...*

A continuación, el Cardenal Vicente Enrique de Tarancón presentó la devoción al Corazón de Jesús como el gran instrumento de la pastoral actual. Naturalmente insistió en una devoción al Corazón de Jesús purificada y consistente, sobre todo, en el amor profundo y total de Jesucristo.

La pastoral actual, añadió, insiste, sobre todo, en la evangelización, que lleva al conocimiento, amor y unión de Cristo, «de Cristo íntimo». Ahora bien, no hay puerta mejor para ese entrar en Jesús que su corazón, su amor».

«El Corazón, afirmó, es el camino más directo para adentrarse en Cristo».

De este conocimiento, amor y unión con Cristo fluye inmediatamente el amor y el sacrificio por los hermanos, miembros del Cristo Místico. De esta manera se resuelve el ciclo completo de la pastoral actual, que debe ser «la entrega al prójimo por Cristo»...

Cupo al R.P. Jesús Solano S.J., Director General Delegado del AO el encargo de desarrollar la Lección central del Acto, que tituló «El Carisma de Santa Margarita María y las Promesas». La Tesis expuesta magistralmente por el antiguo Rector y Profesor de la Universidad de Comillas, se puede sintetizar en estas tres conclusiones del autor:

- 1.ª «En la historia de la Iglesia quizás no exista otro caso de comunicaciones divinas carismáticas, que haya sido más expresa, reiterada y solemnemente aprobada por la Santa Sede, que el de Santa Margarita María en relación con el Culto al Corazón de Cristo». Lo probó con un detallado análisis de textos de los Romanos Pontífices, desde Pío IX a Pablo VI.*
- 2.ª «Como consecuencia de esta aprobación del Carisma de Santa Margarita María surge obvia una pregunta: Si el Señor ha concedido a la Santa un puesto tan privilegiado en anunciar y propagar el Culto al Corazón de Jesús, ¿no deberemos conceder también hoy este lugar a Santa Margarita María —al*

espíritu y a las prácticas fundamentales, que ella propuso— en la pastoral de esta devoción?».

- 3.* *El autor aplica esta última conclusión a las promesas hechas por el Corazón de Jesús a Santa Margarita María: «Las promesas forman parte importante en el pensamiento de Santa Margarita de lo que el Señor le manifiesta respecto del Culto a su Corazón y que ella procura transmitir fielmente. En la debida proporción puede, por tanto, aplicarse a las promesas la aprobación, que nos ofrece el magisterio de Santa Margarita».*

Pero esta lección estaba enmarcada en un cuadro más amplio, que el orador no podía desarrollar en una sola conferencia. Por ello le indicamos la conveniencia de su publicación íntegra para pleno conocimiento y provecho espiritual de los oyentes y de los devotos en general del Corazón de Jesús. El P. Solano correspondió gentilmente a nuestros ruegos y nos entregó el manuscrito completo de las dos Conferencias, que publicamos.

Como se comprobará con su lectura, a la parte expuesta por el orador acompaña un amplio estudio de las Promesas del Sagrado Corazón a Santa Margarita. En él se ilustra «el anónimo enunciado actual de las doce Promesas» con textos de los escritos de Santa Margarita María, indicando su alcance y sentido según la Santa. Se extiende de modo especial en la promesa doce, llamada «La Gran Promesa».

El autor en todo su trabajo sólo estudia el problema de

las Apariciones y Promesas a Santa Margarita María en sus líneas generales o globalmente, sin descender al análisis particular con sus implicaciones de carácter histórico, teológico y humano, especialmente, psicológico.

Deseamos que esta publicación sea un homenaje al Sagrado Corazón de Jesús y a su fiel vidente Santa Margarita María de parte del Autor y de la Orden de la Visitación y su Guardia de Honor.

DAVID MESEGUER Y MURCIA S.J.

Madrid, 15-VIII-74.

LAS PROMESAS DEL CORAZON DE JESUS

SINOPSIS

C. I AUTENTICIDAD DEL CARISMA DE SANTA MARGARITA MARIA DE ALACOQUE

- 1 Pío IX.
- 2 León XIII.
- 3 San Pío X.
- 4 Benedicto XV.
- 5 Pío XI.
- 6 Pío XII.
- 7 Juan XXIII.
- 8 Pablo VI.
- 9 Aprobación Pontificia en diverso grado.
- 10 Tres consecuencias pastorales.

C. II LAS PROMESAS DEL CORAZON DE JESUS

- 1 Valor de las Promesas.
- 2 Horizonte Teológico de las Promesas.
- 3 Texto de las 12 Promesas
- 4 Sentido del texto de Santa Margarita: La cualidad de «promesas».
- 5 Sentido de varias Promesas.
 - a Promesa 5.
 - b Promesa 6.
 - c Promesa 9.
- 6 La «Gran Promesa».
 - a El texto de Santa Margarita María.
 - b Implicaciones teológico-pastorales.
 - c Los primeros viernes.

C. I AUTENTICIDAD DEL CARISMA DE SANTA MARGARITA MARIA

La Sagrada Escritura nos tiene familiarizados con el hecho de que Dios inmediata y personalmente manifiesta su voluntad a unos hombres por medio de otros. En el Antiguo Testamento la institución del profetismo es buena prueba de ello. Pero también en el Nuevo Testamento es presentada, por ejemplo, la revelación particular que recibe San Pedro para actuar en relación a Cornelio (cf. Hech. 10, 9-48; 11, 1-18). San Pablo conoce por el profeta Agabo la voluntad divina de que suba a Jerusalén, donde será encarcelado y entregado a los paganos (Hech 21, 10-15).

El Concilio Vaticano II ha presentado con nueva fuerza la doctrina tradicional de que el Espíritu Santo reparte gracias especiales a los fieles, con las cuales los hace aptos para encargarse de trabajos y oficios «útiles a la renovación y a la mayor expansión de la Iglesia» (LG 12). A estos carismas pertenece, entre otros, el de los fundadores de las familias religiosas (cf. PC 1). El juicio acerca de la genuinidad de tales carismas es competencia de la Autoridad eclesiástica (LG 12).

En la historia de la Iglesia quizás no exista otro caso de comunicaciones divinas carismáticas que haya sido más expresa, reiterada y solemnemente aprobado por la Santa Sede que el de Santa Margarita María en relación con el culto al Corazón de Cristo.

1. Pío IX

Pío IX en el Breve de beatificación (19 de agosto 1864) escribe: «Mas para encender más este fuego de caridad quiso Jesús que se estableciese y propagase en la Iglesia la veneración y culto de su Sagrado Corazón... Ahora bien... se dignó escoger a su Venerable sierva Margarita María Alacoque... la cual por cierto se mostró digna de tan grande oficio y cargo... Dióle a entender el Señor, mientras ella oraba con inusitado fervor delante del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, que le sería cosa muy grata la institución del culto a su Sagrado Corazón...» (Pii IX Pontificis Maximi Acta p. I., v. 3, 680-681.683).

El mismo Sumo Pontífice, por medio de un Decreto de la S. Congregación de Ritos (22 abril 1875), explicaba a los obispos su mente en lo relativo a la consagración de los cristianos al Corazón de Jesús, y exhortaba a que la fórmula que se remitía fuera recitada «el día 16 de junio del corriente año (1875) en el cual día recurre el segundo centenario de la revelación hecha por el mismo Redentor a la Beata

Margarita María Alacoque, de propagar la devoción a su Corazón» (ASS 8, 404).

2. León XIII

Al comienzo de su Encíclica «Annum Sacrum» (1899) recuerda León XIII lo realizado en tiempo de su Predecesor Pío IX y dice a nuestro propósito: «Pues hace casi 25 años, en la proximidad de las solemnidades del segundo centenario de la fecha en que la Beata Margarita María Alacoque recibió el celestial encargo de propagar el culto del Divino Corazón, fueron remitidas a Pío IX muchas súplikas...» (ASS 31, 646).

Otra confirmación de la autenticidad del mensaje de Santa Margarita es la presentación que hace el Papa en esta misma Encíclica en lo que es hoy para la Iglesia la señal divina de salvación: «El Corazón Sagrado de Jesús con la cruz sobrepuesta, brillando entre llamas con vivísimo resplandor» (ASS 31, 651). De esa manera había visto Santa Margarita al Sagrado Corazón en su celeberrima visión del día de San Juan Evangelista, tal como ella la describe en sus cartas (Carta 133, al P. Croiset: **Gauthey, o.c., 571**).

Posteriormente a la Encíclica, con un escrito del Cardenal Prefecto de la S. Congregación de Ritos, completaba León XIII con disposiciones concretas lo

expuesto en «Annum Sacrum». Ahí hallamos la clara confirmación de que «más de una vez manifestó el Sagrado Corazón a su amantísima B. Margarita Alacoque» que El desea muy ardientemente comunicar gracias (ASS 32, 53).

3. San Pío X

San Pío X aprobó e indulgenció el 19 de mayo de 1908 una oración para consagrar las familias al Sagrado Corazón, oración que comenzaba así: «Oh Sagrado Corazón de Jesús, que habéis manifestado a la Beata Margarita María el deseo de reinar en las familias cristianas...» (cf. AAS 10 (1918) 154-155).

4. Benedicto XV

El 7 de octubre de 1919 escribía Benedicto XV una Carta Apostólica en la solemne consagración de la Basílica del Sagrado Corazón de Montmartre. Al final invocaba el Papa la intercesión de la Beata Margarita, «a la cual singularmente descubrió Cristo las riquezas de su Corazón» (AAS 11 (1919) 414).

La Homilía papal en la canonización de la Santa de Paray afirma categóricamente: «Porque es claro cuál sea el encargo asignado por Dios a Margarita María: predicar a todos los hombres las riquezas del

Corazón de Jesús, que ella había aprendido por revelación del mismo» (AAS 12 (1920) 224).

La Bula de canonización habla con entera decisión, desde el comienzo, de cómo a la sierva de Dios Margarita María «se manifestó tantas veces el Señor mismo y con la cual habló varias veces con suma benignidad para avivar el amor y la devoción al Sagrado Corazón de Jesucristo...» (AAS 12 (1920) 487). Y va describiendo la Bula con detención las comunicaciones del Corazón de Jesús a la Santa, aun empleando las palabras mismas de Santa Margarita, en especial al referir con todo detalle la petición de la fiesta litúrgica del Corazón de Jesús y la «gran promesa» (AAS 12 (1920) 490-494.503).

Quiso Benedicto XV que uno de los altares de la Basílica Vaticana estuviera dedicado a las apariciones del Sagrado Corazón a Santa Margarita en la capilla de la Visitación de Paray. Así lo reproduce el mosaico que puede contemplarse todavía hoy.

5. Pío XI

En la gran Encíclica «Misericordissimus Redemptor» sobre la reparación al Corazón de Jesús (8 mayo 1928), no sólo está latente el pensamiento de Santa Margarita, sino que es éste un documento del que expresamente dice el Papa haberlo él escrito para dar a conocer el pensamiento de la Santa: «Mas co-

mo tal vez parte del pueblo ignore hasta el presente, parte mire **con Indiferencia** las cosas que lamentó el amantísimo Jesús, cuando se manifestó a Margarita María Alacoque y las que además dio a entender que **esperaba y quería** de los hombres para el provecho propio de ellos, plácenos, Venerables Hermanos, decir **algo acerca del deber** de la llamada pública reparación... para con el Sagrado Corazón de Jesús...» (ASS 20 (1928) 166).

Cita después el Papa las manifestaciones del Sagrado Corazón a la Santa a propósito de la consagración: «Y habiendo enseñado Nuestro Salvador... a su **inocentísima** discípula Margarita María cuánto ansiaba que se le tributase por los hombres semejante devoto obsequio...» (ASS 20 (1928) 167-168).

Respecto a la reparación dice Pío XI: «Ya que, al darse a ver Cristo a Margarita María... lamentóse con **estas palabras** que ojalá estuviesen grabadas en las almas piadosas y jamás se borrasen por el olvido: «He aquí, dijo, el Corazón que tanto ha amado a los hombres...», y continúa citando el Papa las palabras con que la Santa había referido la gran aparición de junio de 1675 (**Autobiografía** n. 92: **Gauthy, o.c.**, 2, 103). (AAS 20 (1928) 172-173).

Al terminar su Encíclica, manifiesta el Santo Padre la firme esperanza de que el Señor por este culto conceda a los individuos y a la sociedad grandes **blenes**, «puesto que Nuestro mismo Redentor

prometió a Margarita María que todos los que honrasen de ese modo a su Corazón, serían colmados de la abundancia de gracias celestiales» (AAS 20 (1928) 177).

El mismo Papa aprobó un oficio y Misa de Santa Margarita. La oración de la Misa en honor de la Santa dice: «Señor Jesucristo, que has revelado de modo admirable las insondables riquezas de tu Corazón a la bienaventurada virgen Margarita María...». En la lección quinta del Oficio se lee: «Fue adornada por Dios con el don de una oración muy alta y con otros favores de la gracia y con frecuentes visiones. La más célebre de éstas fue...» (AAS 21 (1929) 601-602).

6. Pío XII

La Encíclica «Haurietis aquas» (15 mayo 1956) precisa el puesto ocupado por Santa Margarita entre los que han promovido el culto al Corazón de Jesús. Al decir del Papa, ella «ocupa ciertamente lugar principalísimo», y más en concreto afirma Pío XII: «lo que fue relevado a Santa Margarita María, no añadió nada nuevo a la doctrina católica. Mas la importancia de esas revelaciones consisten que Cristo el Señor —mostrando su Corazón sagrado— quiso atraer la atención de los hombres de modo extraordinario y singular a la contemplación y veneración del misterio del amor...» (AAS 48 (1956) 339-340).

Insiste el Papa en afirmar el hecho particular de las revelaciones: «Ya que, con esta especial manifestación Cristo señaló su Corazón con expresas y repetidas palabras como símbolo con el que los hombres fuesen atraídos al conocimiento y reconocimiento de su amor; y juntamente lo constituyó como señal y prenda de misericordia y gracia para las necesidades de la Iglesia de nuestro tiempo» (AAS 48 (1956) 340).

En este mismo contexto se refiere Pío XII a propósito de Santa Margarita a «una revelación divina privada» (1.c.). Al final casi de la Encíclica volverá el Papa a recordar «las revelaciones de Jesucristo a Santa Gertrudis y a Santa Margarita María» (AAS 48 (1956) 351).

7. Juan XXIII

En su breve pontificado tuvo ocasión Juan XXIII de referirse a las manifestaciones del Señor a Santa Margarita. La Carta Apostólica «Inde a primis» trata de cómo se ha de promover el culto a la preciosa sangre de Nuestro Señor, y relaciona este culto con el del Nombre de Jesús y con el de su Corazón.

A propósito de este último escribe el Papa: «Y no colmaron los Romanos Pontífices con menores beneficios el culto del Sagrado Corazón de Jesús, para cuya plena y perfecta constitución y para cuya

propagación por todo el orbe tanto contribuyeron las manifestaciones que hizo Jesucristo a Santa Margarita **María Alacoque**, mostrándole su Sagrado Corazón» (ASS 52 (1960) 547).

De este culto es del que afirma Juan XXIII que fue declarado legítimo y fue promovido por los Romanos **Pontífices con muchos documentos** aún públicos del magisterio eclesiástico, a los cuales sirvieron de corona las tres grandes Encíclicas: *Annum Sacrum*», «*Miserentissimus Redemptor*» y «*Haurietis aquas*» (AAS 52 (1960) 547).

Son de notarse la afirmación directa del hecho de las manifestaciones del Corazón de Jesús a Santa Margarita, y la parte que atribuye el Papa a las mismas en «la plena y perfecta constitución» de este culto a la vez que en su propagación universal. Es también importante para nuestro propósito el lugar privilegiado que señala el Papa a la Encíclica «*Miserentissimus Redemptor*» de Pío XI, tan típica para valorar el carisma de Santa Margarita.

8. Pablo VI

La Carta Apostólica «*Investigabiles divites Christi*» (6 febrero 1965) fue escrita con ocasión del segundo centenario de la primera concesión pontificia de la fiesta litúrgica con Oficio y Misa en honor del Corazón de Jesús (6 febrero 1765). Dos veces

se refiere Pablo VI en esta Carta a Paray-le-Monial.

«El Salvador, lleno de misericordia, dándose a ver, según se dice, a la escogida religiosa Margarita María Alacoque en el lugar llamado Paray-le-Monial, pidió insistentemente que todos los hombres rivalizaran con manifiesto fervor de oración en honrar su Corazón, herido por amor a nosotros, y repararan por todos los medios las injurias inferidas a El. Es admirable cuánto floreció a partir de entonces entre el clero y el pueblo cristiano y cómo se extendió por casi todo el ámbito de la tierra el culto hacia este Corazón, culto que ya se le tributaba en diversas partes por obra y bajo el impulso de San Juan Eudes. Por eso la Sede Apostólica completó esta veneración general, cuando Nuestro Predecesor Clemente XIII...» (ASS 57 (1965) 298).

El texto afirma netamente la importancia que tiene Santa Margarita en el florecimiento y expansión del culto al Sagrado Corazón. Es un nuevo reconocimiento, de parte de Pablo VI, de la genuinidad del carisma de la Santa, que ha dado frutos tan admirables, completados por la intervención de la Santa Sede, la cual, 75 años después de la muerte de Santa Margarita, aprobó la fiesta litúrgica en honor del Corazón de Jesús (cf. AAS 57 (1965) 299).

En esta misma línea de aprobación y reconocimiento del mensaje pensamos se halla el otro texto de la Carta: «Por esto, al cumplirse el segundo cen-

tenario (de la concesión litúrgica), hemos sabido con no pequeño gozo que para conmemorarlo se están preparando acá y allá solemnes celebraciones principalmente en la diócesis de Autun, en la cual se encuentra Paray-le-Monial. De modo principal se celebrará esta conmemoración en el augusto templo que allí existe, al cual confluyen de todas partes piadosas peregrinaciones, que desean venerar el sagrado lugar donde se creen haber estado tan admirablemente patentes los secretos del Corazón de Jesús y haberse difundido a todo el orbe de la tierra» (ASS 57 (1965) 299).

Aprueba muy gozoso el Santo Padre que las principales celebraciones solemnes tengan lugar en la capilla de la Visitación de Paray. Se reconoce así el puesto decisivo que corresponde a Santa Margarita en haber mostrado y propagado el culto al Sagrado Corazón, culto que ahora vuelve Pablo VI a recomendar instantemente a los cuidados pastorales de todos los obispos de la Iglesia.

El primer texto de esta Carta Apostólica que hemos citado, al mismo tiempo que contiene, como hemos visto, la aprobación del mensaje de Santa Margarita, presenta también una limitación en su comienzo: «como se dice» (*uti fertur*). Vemos en ello la prueba de la discreción del Magisterio, el cual no pretende juzgar el factor subjetivo de cómo recibió Santa Margarita este carisma —genuino por lo demás— de propagar la devoción del Sagrado Cora-

zón. Con otras palabras, el Papa hace una salvedad a propósito de la naturaleza o estructura más íntima de los fenómenos con los que el Señor quiso manifestar el culto de su Corazón a la Santa de Paray.

No Intenta Pablo VI entrar en el examen del modo concreto de esta comunicación singular, que seguramente habría de ser analizada en el cuadro de las experiencias místicas. Lo que cuenta es el hecho de la validez del carisma de aquella que fue «promotora y pregonera infatigable de este culto» (cf. Encicl. «Haurietis aquas» (AAS 48 (1956) 353).

La Liturgia de las Horas, publicada en 1972, dice en la introducción del día 16 de octubre, dedicado a Santa Margarita María: «... corrió de manera admirable por el camino de la perfección y mereció tener revelaciones místicas, principalmente acerca de la devoción hacia el Corazón de Jesús, para cuya introducción en la Iglesia trabajó mucho...».

La oración del Oficio y de la Misa reconoce que Dios enriqueció a Santa Margarita María de modo singular con el espíritu de conocer el amor de Cristo, amor que supera todo conocimiento.

9. Aprobación Pontificia en diverso grado

Dentro de la santa libertad que ofrece a sus hijos

la Iglesia en la práctica del culto al Corazón de Jesús, como queda oficialmente reconocido en la Encíclica «Haurietis aquas», no cabe duda de que históricamente ha contribuido Santa Margarita de modo muy principal a este culto que vive la Iglesia hace siglos.

El hecho mismo de esta influencia de la Santa parecería probar la autenticidad de su misión, bendecida por Dios con efectos tan sorprendentes y de tan señalado bien espiritual para toda la Iglesia.

Debe añadirse que la Iglesia ha aceptado aun prácticas tan típicamente enseñadas por la Santa como la **Comunión de los nueve primeros viernes** de mes y la **Hora Santa**. El espíritu de reparación, en el que Santa Margarita tanto insistió, ha sido especialmente recogido por la enseñanza oficial del Magisterio.

Además de este reconocimiento efectivo, hallamos en los testimonios pontificios, que hemos aducido, el reconocimiento explícito de que Santa Margarita fue escogida por el Señor para transmitir el mensaje del culto al Sagrado Corazón. Tal aprobación es **unánime y reiterada** desde Pío IX, aun en documentos tan importantes como las Encíclicas. La gran Encíclica «Miserentissimus» de Pío XII llega a presentar como tema mismo del documento lo que Nuestro Señor manifestó a Santa Margarita María.

No han tenido reparo los Papas ni en hablar de una revelación privada a la Santa, ni en referirse a lo que el Señor le manifestó o le dijo, ni incluso en recoger las palabras mismas que, según Santa Margarita, empleó el Señor, atribuyéndolas también los Papas al Señor mismo.

Dentro de la enseñanza teológica aceptada, pensamos que estas maneras de expresarse de los Papas responden a un juicio positivo de ellos acerca de que se pueden aceptar prudentemente aquellos fenómenos, por los cuales la Santa vio y oyó al Salvador. La matización de Pablo VI confirma delicadamente que el juicio pontificio no va más allá por lo que se refiere a la íntima estructura de ese modo de las comunicaciones divinas, tenidas por Santa Margarita María.

El hecho, en cambio, o la sustancia misma de haber sido escogida por Dios la Santa de Paray para transmitir un mensaje divino a la Iglesia en relación con el culto al Corazón de Jesús, es algo de cuya autenticidad sale fiador el Magisterio en múltiples y graves manifestaciones, dirigidas a toda la Iglesia.

No es que una relevación privada quede equiparada a la revelación pública o sea objeto de nuestra fe. La «Haurietis aquas» recordará que las manifestaciones hechas a Santa Margarita «nada nuevo han traído a la doctrina católica» (AAS 48 (1956) 340). Y

al proponer el Magisterio este culto al Corazón de Jesús, lo ha examinado a la luz de la Sagrada Escritura y de la Tradición y lo ha juzgado conforme con la norma de la fe.

Sería, por otra parte, no hacer justicia a los documentos del Magisterio, presentar la intervención de Santa Margarita como mera ocasión histórica de que el Magisterio se haya planteado el tema del culto al Sagrado Corazón. Si así fuera, el valor interno de aquella pura ocasión no revestiría interés en el campo religioso eclesial. Al contrario, hemos visto que el Magisterio ha querido salir garante de la autenticidad del mensaje fundamental de Santa Margarita. Además, hasta ha juzgado conveniente aceptar la modalidad extraordinaria en cuanto a la manera de la manifestación divina hecha a la Santa.

A la luz del Vaticano II, ha de decirse que nos hallamos ante un caso típico de la acción del Espíritu Santo, quien ha comunicado una vez más sus dones extraordinarios a los fieles. En este caso la Autoridad eclesiástica ha expresado su juicio, juicio que a ella le compete, declarando este carisma genuino y útil a las necesidades de la Iglesia (cf. LG 12).

La unción del Espíritu Santo, bajo la guía del Magisterio, lleva con entera seguridad a la universalidad de los fieles, en un sentido sobrenatural de la fe, a penetrar más a fondo y a aplicar más plena-

mente a la vida la palabra de Dios (cf. LG 12). Así se va realizando también el mismo progreso dogmático. Ese mismo Espíritu se comunica de modo extraordinario a algunos de los fieles, singularmente partícipes del oficio profético de Cristo, para que a través de ellos vaya renovándose y amplificándose la Santa Iglesia, siempre, por supuesto, dentro de la configuración jerárquica, que el Señor le ha dado.

10. Tres consecuencias pastorales

Como consecuencia de esta aprobación del carisma de Santa Margarita surge obvia una pregunta. Si el Señor ha concedido a la Santa un puesto tan privilegiado en anunciar y propagar el culto del Corazón de Jesús, ¿no deberemos conceder también hoy este lugar a Santa Margarita, —al espíritu y a las prácticas fundamentales que ella propuso—, en la pastoral de esta devoción?

Insistimos en que se ha de conservar la santa libertad de hijos de Dios, con la que también se ha vivido este culto siglos antes y después de Santa Margarita. Pero es un hecho histórico patente que la gran extensión y vivencia de esta devoción se ha debido de modo singular a la Santa de Paray —y esto por voluntad del Señor, como nos lo garantiza el Magisterio—. ¿No habremos de profundizar y propagar hoy este culto de modo privilegiado, siguien-

do el camino que nos ha mostrado Santa Margarita María?

Cierto que no en vano han transcurrido tres siglos. Hoy estamos capacitados para una penetración teológica, bíblica y cultural, mucho más rica del mensaje de Santa Margarita. Formas particulares de su presentación han sido o han de ser acomodadas a nuestra mentalidad actual. Sería injustificable que no aplicáramos a este campo cuanto de razonable adaptación se está sabiamente procurando en los demás sectores de la vida cristiana. Pero, dada la aprobación de la Iglesia, ¿no sería por lo menos temerario prescindir de Santa Margarita María en una pastoral del culto al Corazón de Jesús?

Es para nosotros, en el siglo XX, una ventaja inmensa presentar el Misterio del Corazón de Jesús a base de Encíclicas pontificias, en especial la «Haurietis aquas», y otros documentos del Magisterio. Pero esos mismos documentos refrendan la misión singular de Santa Margarita en lo que se refiere al culto del Sagrado Corazón, según los planes providenciales del Señor.

Otra consecuencia importante de la actitud tan singularmente positiva de parte del Magisterio con respecto a Santa Margarita es la de que la devoción al Sagrado Corazón no es sólo excelente en sí misma y de máxima eficacia en la vida cristiana. Es eso, pero además existe una voluntad particular del

Señor, quien ha mostrado desear grandemente que los fieles la vivamos.

Semejante voluntad del Salvador no nos consta sino por medio de Santa Margarita. Dar de lado a la Santa equivale a no poder contar en la pastoral de esta devoción con el motivo tan decisivo de que la ha querido y la ha pedido el Señor.

Con ello va unido, como tercera consecuencia, el que sólo apoyándonos en el testimonio de Santa Margarita podemos apelar a las gracias particulares concedidas por el Señor a este culto. Estas gracias, que influyen con razón en la propagación del culto al Corazón de Jesús, no se deducen simplemente de la naturaleza de esta devoción sino que son debidas a la voluntad misericordiosa del Redentor, la cual nos es conocida gracias a Santa Margarita.

C II. LAS PROMESAS DEL CORAZON DE JESUS

En este tercer Centenario de las manifestaciones del Sagrado Corazón a Santa Margarita María de Alacoque en Paray-le-Monial revisten particular interés las conocidas «promesas» del Corazón de Jesús, las cuales han contribuido tanto a difundir esta devoción.

1 Valor de las promesas

Para apreciar la garantía que nos ofrecen las 12 promesas que vamos a exponer, parece que el criterio general puede ser éste. Las promesas forman parte importante en el pensamiento de Santa Margarita de lo que el Señor le manifiesta respecto al culto a su Corazón, y que ella procura transmitir fielmente. En la debida proporción puede, por tanto, aplicarse a las promesas la aprobación que nos ofrece el Magisterio del carisma de Santa Margarita.

Promesas particulares han recibido además un refrendo concreto de parte de la Iglesia, como veremos a propósito de los primeros viernes. La indi-

cación genérica de especiales gracias que por este culto quiere distribuir el Señor, según El lo manifestó a la Santa, aparece también en los documentos pontificios, que hemos citado.

2 Horizonte teológico de las promesas

Una breve reflexión sobre el lugar que ocupan las promesas hechas por el Señor dentro del marco más general de la revelación cristiana parece oportuna.

Leemos en el Evangelio: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo... y hallaréis descanso para vuestras almas...» (Mt. 11, 28-29). Si Jesús hace promesas que tan poderosamente atraen al ser humano de todos los tiempos, insatisfecho, agobiado y turbado, no es porque el Maestro desee discípulos interesados. Bien claramente dirá El: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mt. 16, 24).

Las bienaventuranzas son también promesas, desde la primera palabra «dichosos» hasta los términos del segundo miembro de la frase: «de ellos es el reino de los cielos», «ellos poseerán la tierra», «ellos serán consolados», «ellos verán a Dios»... (Mt. 5, 3-10). Concluye todavía el Señor: «Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa...» (Mt. 5, 12).

La Sagrada Escritura presenta las relaciones entre Dios y los hombres en la perspectiva de una «alianza», como es llamada expresamente desde la alianza que Dios estableció con Noé, con su descendencia y con todo ser vivo que estaba con Noé (Gen. 9, 8-17). Encontramos también la alianza con Abraham (Gen. 17) y con los hijos de Israel: «Esta es la sangre de la alianza que hace con vosotros Yahveh...» (Ex. 24, 8). En el Nuevo Testamento es central la sangre de la Nueva Alianza, «derramada por la muchedumbre para la remisión de los pecados» (M. 26, 28).

La alianza divina es siempre de protección, y por eso va acompañada de promesas: el arco iris en las nubes para que las aguas del diluvio no vuelvan a destruir toda carne (Gen. 9, 14-17), la descendencia incontable de Abraham junto con la posesión perpetua de toda la tierra de Canaán (Gen. 17, 4-8), el perdón de los pecados, con la verdadera santidad y la vida eterna en la Alianza del Nuevo Testamento.

San Pablo da al Espíritu Santo el apelativo: «el Espíritu de la promesa» (Ef. 1, 13), y designa a los creyentes como «los hijos de la promesa» (Rom. 9, 8). Jesús mismo había hablado del Espíritu Santo como de «la promesa del Padre» (Hech. 1, 4).

Sería una disposición personal absurda la de quien no quisiera saber nada de promesas o de protección y ayuda de parte de Dios. El hombre no se basta

a sí mismo sino que, por el contrario, tiene apremiante necesidad de Dios. Si creemos poseer ya lo suficiente, nos serán dichas las palabras del Apocalipsis: «Dices: Yo soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad, y no sabes que eres un desdichado, un miserable, un indigente, un ciego y un desnudo» (3, 17).

La postura recta es la de aquella humildísima «esclava del Señor», la cual, en cumplimiento de antiguas promesas, había sido enriquecida por encima de todas las criaturas: «Engrandece mi alma al Señor... porque ha hecho en mí maravillas el Poderoso... a los hambrientos los llenó de bienes... acordándose de su misericordia, según lo que había prometido a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia para siempre» (Lc. 1, 46-55).

Las promesas del Corazón de Jesús ofrecen un rasgo particular de armonía con el que pudiéramos llamar clima de promesas de la revelación cristiana. Es una idea que repite Santa Margarita la de que la manifestación del culto al Sagrado Corazón es como un último esfuerzo del amor del Señor para **derramar** sobre los cristianos las gracias de la Redención. A propósito de la promesa 6, citaremos varios textos de la Santa. Diríamos, según ello, que, estando la Nueva Alianza caracterizada por las admirables promesas del Salvador, era lógico que este como último esfuerzo del Redentor, trajera consigo **particulares y singulares** promesas de su misericordia.

3 Texto de las 12 promesas

Nos hallamos ante una colección anónima de afirmaciones, que se encuentran esparcidas en los escritos de Santa Margarita. El coleccionador anónimo redactó las frases en estilo conciso, directo y personal, como promesas hechas por el Sagrado Corazón con esas mismas palabras. Esta forma no es original de la Santa, a excepción de la llamada «gran promesa».

Presentamos en primer lugar el texto de las 12 promesas tradicionales. Para ello damos entre paréntesis el texto en su redacción ordinaria y, a continuación, ofrecemos las palabras mismas de Santa Margarita María, recogidas de sus escritos. No podría asegurarse en todos los casos que los pasajes de las cartas de la Santa sean exactamente los que ha tomado como base el redactor anónimo. Pero, al menos, pensamos que esos pasajes responden a la «promesa» respectiva.

La redacción que hemos llamado ordinaria está tomada de: J. L. de Urrutia S. J., *Espiritualidad postconciliar según el Corazón de Cristo*. Santander 1972, 174-180.

El texto de las cartas de Santa Margarita es el de: Mons. Gauthey, *Vie et oeuvres de sainte Marguerite-Marie Alacoque*, t.2, París 1920.

1.ª (Les daré todas las gracias necesarias a su estado).

«Haced de manera, sobre todo, que las personas

religiosas la abracen (esta devoción), pues sacarán de ella tantas ayudas que no será necesario otro medio para restablecer el primer fervor... En cuanto a las personas seglares, encontrarán, por medio de esta amable devoción, todas las ayudas necesarias a su estado...» (Carta 141, a su Director: **Gauthey, o.c., 627**).

2.^a (Pondré paz en sus familias).

«En cuanto a las personas seglares, encontrarán, por medio de esta amable devoción... la paz en sus familias...» (Carta 141, a su Director: **Gauthey, o.c., 627**).

«(Este Divino Corazón) promete... además que El reunirá, por este medio, las familias divididas y protegerá las que estuvieran en alguna necesidad...» (Carta 131, al P. Croiset: **Gauthey, o.c., 532**).

3.^a (Los consolaré en todas sus aflicciones).

«En cuanto a las personas seglares, encontrarán por medio de esta amable devoción... el alivio en sus trabajos... el consuelo en sus miserias...» (Carta 141, a su Director: **Gauthey, o.c., 627-628**).

4.^a (Seré su refugio durante la vida y sobre todo a la hora de la muerte).

«En cuanto a las personas seglares... encontrarán

precisamente en este Sagrado Corazón un lugar de refugio durante toda su vida y principalmente a la hora de la muerte. ¡Ah! ¡Qué dulce es morir después de haber tenido una tierna y constante devoción al Sagrado Corazón de Jesucristo!» (Carta 141, a su Director: **Gauthey, o.c., 627-628**).

«... El promete a todos aquellos que se consagrarán y entregarán a El, para darle este placer de tributarle y procurar todo el amor, el honor y la gloria que estará a su alcance, conforme a los medios que El les dará para ello, que El no los dejará jamás perecer y que les sería un asilo asegurado contra todas las emboscadas de sus enemigos, pero que sobre todo a la hora de la muerte este Divino Corazón los recibiría amorosamente, poniendo a seguro su salvación...» (Carta 131, al P. Croiset: **Gauthey, o.c., 532**).

5.^a (Bendeciré abundantemente sus empresas).

«En cuanto a las personas seglares, encontrarán, por medio de esta amable devoción... las bendiciones del cielo en todas sus empresas...» (Carta 141, a su Director: **Gauthey, o.c., 627-628**).

6.^a (Los pecadores hallarán misericordia).

«Este Divino Corazón es una fuente inextingible, donde hay tres canales que corren sin cesar: prime-

ramente, de misericordia para los pecadores, sobre los cuales fluye el espíritu de contrición y de penitencia» (Carta 132, al P. Croiset: **Gauthey, o.c.**, 558).

«(Nuestro Señor) quiere apartar de la perdición eterna a muchas almas, porque este Divino Corazón es como una fortaleza y un asilo asegurado a todos los pobres pecadores, que querrán refugiarse allí para evitar la divina justicia en su justa cólera...» (Carta 97, a la Madre de Saumaise: **Gauthey, o.c.**, 428-429 (texto del ms. 9). Véase carta 48, a la Hermana des Escures: **Gauthey, o.c.**, 321).

«... Por esto nos manifiesta El la devoción de su Sagrado Corazón, el cual contiene tesoros incomprensibles que El quiere sean distribuidos en todos los corazones de buena voluntad, porque es éste un último esfuerzo del amor del Señor hacia los pecadores para atraerlos a penitencia y darles abundantemente sus gracias...» (Carta 102, a su hermano: **Gauthey, o.c.**, 445-446).

N.B. La Santa repite la idea de que el Señor le había manifestado ser «esta devoción como un último esfuerzo de su amor, que niéndoles un objeto y un medio al mismo tiempo tan propio para obligarlos amorosamente a amarlo y a amarlo sólidamente» (Carta 133, al P. Croiset: **Gauthey, o.c.**, 573 (texto de Croiset). Véase carta 97, a la Madre de Saumaise: **Gauthey, o.c.**, 427; carta 132, al P. Croiset: **Gauthey, o.c.**, 550; carta 133, al P. Croiset: **Gauthey, o.c.**, 572 (ms. de Avignon).

7.^a (Los tibios se harán fervorosos).

«Haced de forma, sobre todo, que las personas re-

ligiosas la abracen (esta devoción), pues sacarán de ella tantas ayudas que no sería preciso otro medio para restablecer el primer fervor y la más exacta regularidad en las Comunidades menos arregladas...» (Carta 141, a su Director: **Gauthey, o.c., 627**).

Un texto que tal vez pueda iluminar el precedente es éste: «El día de la fiesta de nuestro santo Fundador, me parece que El me hizo conocer muy sensiblemente el ardiente deseo que tenía de que el Sagrado Corazón de Jesucristo fuera conocido, amado y honrado en todo su Instituto, diciendo que éste era el medio más eficaz que él había podido obtener para volver a levantarlo de sus caídas e impedirle sucumbir bajo los artificios de un espíritu extraño, lleno de orgullo y de ambición, que no busca sino arruinar el espíritu de humildad y de sencillez que es el fundamento del edificio, que Satanás no busca sino derribar, cosa que no podrá hacer, teniendo a este Sagrado Corazón por defensor y por sostén» (Carta 41, a la Madre de Saumaise: **Gauthey, o.c., 307**).

8.ª (Los fervorosos se elevarán rápidamente a gran perfección).

«Los tesoros de bendiciones y de gracias que encierra este Sagrado Corazón son infinitos. No sé que haya ejercicio alguno de devoción en la vida espiritual, que sea más apto para elevar un poco tiempo un alma a la más alta perfección y para

hacerle gustar las verdaderas dulzuras, que se encuentran en el servicio de Jesucristo» (Carta 141, a su Director: **Gauthey, o.c., 627**).

9.ª (Bendeciré los lugares donde la imagen de mi Corazón sea expuesta y venerada).

«... (este Divino Corazón) promete... que, como El es la fuente de todas las bendiciones, El las repartiría abundantemente en todos los lugares donde fuera honrada la imagen de este Sagrado Corazón...» (Carta 131, al P. Croiset: **Gauthey, o.c., 532**).

De esta promesa del Sagrado Corazón habla la Santa también en otros pasajes: Carta 35, a la Madre de Saumaise: **Gauthey, o.c., 296**; carta 36, a la Madre Greyfié: **Gauthey, o.c., 300**; carta 133, al P. Croiset: **Gauthey, o.c., 572-573**).

10.ª (Les daré la gracia de mover los corazones más endurecidos).

«Mi Divino Maestro me ha hecho conocer que aquellos que trabajan en la salvación de las almas trabajarán con éxito y sabrán el arte de tocar los corazones más endurecidos, si tienen una tierna devoción a su Sagrado Corazón y si trabajan en inspirarla y establecerla por todas partes» (Carta 141, a su Director: **Gauthey, o.c., 628**).

La Santa afirma esta eficacia de la devoción al Sagrado Corazón en otros pasajes: Carta 131 al P. Croiset: **Gauthey, o.c., 536**; carta 132, al P. Croiset: **Gauthey, o.c., 557**.

- 11.^a (Las personas que propaguen esta devoción tendrán su nombre escrito en mi Corazón y jamás será borrado de El).

«Me parece que El me ha hecho ver que muchos nombres estaban escritos allí (en el Sagrado Corazón), a causa del deseo que tienen de hacerlo honrar y que, por esto, El no permitirá jamás que sean borrados de El» (Carta 39, a la Madre Greyfié: **Gauthey, o.c.**, 303).

De la promesa de este premio a la Madre de Saumaise, véase la carta 41, a la misma: **Gauthey, o.c.**, 306. En forma más general, pero no como promesa: Carta 89, a la Madre de Saumaise: **Gauthey, o.c.**, 408.

- 12.^a «Te prometo, en la excesiva misericordia de mi Corazón, que su amor omnipotente concederá a todos los que comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos la gracia de la penitencia final, no morirán en mi desgracia y sin haber recibido los sacramentos; mi Divino Corazón será su asilo seguro en los últimos momentos».

Estas palabras textuales de la Santa, van precedidas de las siguientes: «Un viernes, durante la sagrada comunión, dijo El estas palabras a su indigna esclava, si ella no se engaña: Te prometo...» (Carta 86, a la Madre de Saumaise: **Gauthey, o.c.**, 397-398).

N. B.—Acerca de la autenticidad de bastantes de las cartas aquí referidas, puede verse un breve resumen del estudio hecho por Gauthey en su edición: **Fr. SCHWENDIMANN, S. I., El culto al Corazón de Cristo y la Compañía contemporánea**. Secretariado General del Apostolado de la Oración. 1970, 24-33.

4 Sentido del texto en Santa Margarita: La Calidad de «promesas».

Las «promesas» 1, 2, 3, 4, 5, 7, 8 aparecen fundadas —exclusivamente o principalmente— en la carta 141, escrita por la Santa a su Director. No sabemos con seguridad si la Santa se dirige aquí al P. de la Colombière o al P. Rolin o al P. Croiset.

Los pasajes de esta carta que hemos reproducido en las «promesas» indicadas, parecerían no contener propiamente una «promesa», hecha por el Sagrado Corazón. Creeríamos hallarnos ante una mera afirmación de Santa Margarita: «Haced de manera...». El contexto, sin embargo, nos parece suficientemente expreso para que podamos ver aquí «promesas» del Corazón de Jesús, según vamos a explicar.

La carta es muy breve. El texto sólo no llenaría dos páginas de la edición de Gauthey. Las primeras palabras referidas de la Santa son: «¡Que no pueda yo contar todo lo que sé de esta amable devoción, y descubrir a toda la tierra los tesoros de gracias que Jesucristo encierra en este Corazón adorable, y que El tiene el designio de repartir con profusión entre todos aquellos que la practicarán!» (**Gauthey, o.c., 626**).

No se trata únicamente de lo que sabe la Santa acerca de los tesoros encerrados en esta devoción, sino que ella se refiere además al designio que abriga el Corazón del Señor de distribuir estas riquezas.

A continuación añade Santa Margarita: «Jesucristo me ha hecho conocer en manera que no deja lugar a duda...» (o.c., 626-627), y se refiere a un aspecto particular del apostolado en favor de esta devoción y de los admirables frutos de ella. Continúa todavía: «Los tesoros de bendiciones y de gracias que encierra este Sagrado Corazón son infinitos... Sí, lo digo con seguridad, si se supiera cuán agradable es esta devoción a Jesucristo, no hay un cristiano, por poco amor que tenga hacia este amable Salvador, que no la practicara en seguida. Haced de esta manera»..., y siguen los dos párrafos citados por nosotros como texto base de las «promesas» indicadas (o.c., 627-628). Inmediatamente añade Santa Margarita: «Mi Divino Maestro me ha hecho conocer que los que trabajan...» (o.c., 628).

Creemos que el sentido obvio de las «afirmaciones» hechas por la Santa es el de referirse a lo que el Sagrado Corazón le ha dado a conocer no precisamente acerca de la que pudiéramos llamar excelencia intrínseca de esta devoción sino del «designio» del Sagrado Corazón con respecto a esta devoción.

Pensamos que la lectura de las cartas de Santa Margarita y de su Autobiografía lleva espontáneamente a confirmar esta manera de ser. Las que, consideradas en sí mismas, podrían parecer simples «afirmaciones» de la Santa, son en verdad enuncia-

do de lo que ella conoce como plan del Señor. Con otras palabras, equivale a transmitirnos «promesas» del Señor.

La promesa 2 confirma esta interpretación, ya que al texto de la carta 141 se añade el de la carta 131, que explícitamente dice: «promete... además que El reunirá» (**Gauthey, o.c., 532**). Lo mismo vale de la promesa 4, como referimos al presentar más arriba el texto de las promesas. Algo semejante podría decirse de la promesa 7.

La promesa 6 no presenta la forma de «promesa». Sin embargo, no dudamos de que lo sea. Además de las consideraciones acerca del sentido real que ofrecen los dos primeros textos que hemos citado allí, el tercer pasaje es aún más expreso: «Por esto nos manifiesta El la devoción de su Sagrado Corazón, el cual contiene tesoros incomprensibles que El quiere sean distribuidos...». Las afirmaciones de Santa Margarita responden a lo que ella conoce acerca de las manifestaciones positivas del Sagrado Corazón y, en concreto, acerca de lo que El quiere realizar en favor de los que acepten esta devoción. Esto es hablar equivalentemente de «promesas».

La 9 es explícita y repetida promesa del Sagrado Corazón, como es explícita también la 10 y, por supuesto, la 12.

Encontramos la promesa 11 como promesa referida a muchas personas contemporáneas de la Santa, cu-

yos nombres le parece que el Señor le ha hecho ver escritos en su Corazón, y que el Señor, por eso precisamente, no permitirá que jamás sean borrados de El. Por el contexto se ve que Santa Margarita se refiere no a una piadosa suposición de ella sino a que el mismo Señor le ha manifestado que El no permitirá que esos nombres sean borrados jamás de su Corazón.

Promesa clara en este mismo sentido es la que enuncia Santa Margarita con respecto a la Madre de Saumaise (**Gauthey, o.c.**, 306). En la famosa visión del 2 de julio de 1688, fiesta de la Visitación de la Virgen, aparece el hecho de que quienes más habían trabajado en hacer conocer y amar al Sagrado Corazón tenían sus nombres escritos con letras de oro de manera imborrable en el Corazón del Señor. Es difícil y quizás imposible precisar si el alcance de esta visión se refiere también al futuro, y hasta qué punto se podría hablar de una recompensa prometida a todas las personas que propaguen esta devoción.

5 Sentido de varias promesas.

A base de los escritos mismos de Santa Margarita podemos precisar el recto sentido en que han de tomarse algunas de las promesas, que tal vez se prestarían a interpretaciones no conformes al pensamiento que ha querido expresar la Santa.

a. Promesa 5.ª

Las «bendiciones» del Señor no llevan consigo necesariamente éxitos humanos y satisfacciones sensibles. Sin entrar aquí en el misterio de la Providencia divina y en la realidad de lo que fue la vida y la pasión del mismo Hijo de Dios hecho hombre, Santa Margarita ofrece pasos muy significativos.

«Pero El no me dice que sus amigos no tendrán nada que sufrir, porque El quiere que éstos hagan consistir su mayor felicidad en gustar sus amarguras de El» (Carta 39, a la Madre Greyfié: **Gauthey, o.c., 303**).

«Es mucha verdad lo que me decís, que el que ama no cree sufrir, aun en medio de los mayores sufrimientos; pero me reconoceréis también que no se puede amar sin sufrir...» (Carta 130, al P. Croiset: **Gauthey, o.c., 522**).

A propósito de una Comunidad religiosa, escribía: «El me ha mostrado un tesoro de gracias de salvación y de santificación para vuestra Comunidad... Pero no creo, hablándoos con sencillez, que las gracias que os promete consisten en la abundancia de las cosas temporales, pues dice El que esto es frecuentemente lo que empobrece en su gracia y en su amor. De esto es de lo que El quiere enriquecer vuestras almas y vuestros corazones» (Carta 113, a la Madre Greyfié: **Gauthey, o.c., 481**).

Es evidente para Santa Margarita que ella tiene una vocación personal enteramente singular de amor a la cruz y de participación en los sufrimientos del Señor. Ella sabe distinguir muy bien lo que el Sagrado Corazón puede pedir a cada uno. De todos modos, ningún cristiano ignora las palabras tan generales de Jesús: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mt. 16, 24). Este texto en el evangelio de San Lucas precisa más: «tome su cruz cada día» (Lc. 9, 23).

Estas bendiciones del Sagrado Corazón se insertan en el cuadro de gracias, aun de orden temporal, que el Señor nos dice que le pidamos y que la Iglesia y los fieles continuamente piden a su Señor. No hace falta desarrollar aquí este tema. Acerca de la oración de petición hemos venido publicando artículos en nuestra revista «Apostolado de la Oración» a partir de los n. 8-9 (agosto-setiembre 1973). Las bendiciones del Sagrado Corazón significan una ayuda particular y abundante por parte de El a quienes viven este culto.

Notemos a la vez que sería contrario al pensamiento de Santa Margarita aceptar por interés egoísta el culto al Corazón de Jesús. Decía ella a la Madre de Saumaise, después de haberle comunicado de parte del Sagrado Corazón gracias especiales que el Señor le concedería, si abrazaba esta devoción: «Pero, como El quiere que le déis este gusto sin interés, por el amor de El mismo, no me permite El expresaros el resto de lo que os reser-

va, si le dáis este contento» (Carta 41: **Gauthey, o.c.**, 306). Al P. Croiset: «Y la razón por la que no me está permitido hablar de las recompensas que El promete a los que empleará en esta santa obra, es con objeto de que trabajen sin otro interés que el de su gloria, teniendo de mira su puro amor» (Carta 132: **Gauthey, o.c.**, 551).

b. Promesa 6.ª

El texto de Santa Margarita que hemos citado en segundo lugar, tomado de la carta 97, a la Madre de Saumaise, presenta una idea de «la divina justicia en su justa cólera», que conviene explicar.

A veces sorprende hoy este lenguaje, porque parece que con el Dios del Nuevo Testamento no diga bien el que se hable de «su justa cólera» y quizás ni aún de «la divina justicia». Parecería preferible atenerse a las palabras de San Juan: «Dios es amor» (1 Juan 4, 8.16).

La palabra «cólera» lleva consigo una referencia a pasiones humanas, que tantas veces son reprimibles. Cuando en nuestro pobre lenguaje humano aplicamos a Dios este término, sabemos que ha de ser entendido sin alguna imperfección. Por lo demás, aun San Pablo en el Nuevo Testamento lo emplea: «Pues la ira de Dios se manifiesta desde el cielo sobre toda impiedad e injusticia de los hom-

bres...» (Rom. 1, 18; véase 2, 5.8; Ef. 5, 6; Col. 3, 16; 1 Tes. 2, 16).

En cuanto al problema real, y no sólo de terminología, es preciso recordar que Jesús mismo, que es quien nos ha revelado el amor de Dios, ha afirmado: «A vosotros, mis amigos, os digo: No temáis a los que matan el cuerpo y después de esto no tienen ya más que hacer. Yo os mostraré a quién habéis de temer; temed al que, después de haber dado la muerte, tiene poder para echar en la gehenna. Si, yo os digo que temáis a ese» (Lc. 12, 4-5). A las piadosas mujeres que le lloraban camino del Calvario, dijo el Señor: «Si esto se hace en el leño verde, en el seco ¿qué será?» (Lc. 23, 31). Terribles son las palabras de Jesús en el juicio final: «Apartaos de mí, malditos...» (Mt. 25, 41; cf. Lc. 13, 27).

Una dificultad diferente presenta el texto de Santa Margarita, y esta dificultad aparece aún más marcada en otros pasajes suyos. Parece que se contraponen la justicia de Dios y la misericordia del Corazón de Jesús. Si se entendiera realmente de ese modo, habría aquí un error. La misericordia del Corazón de Jesús, en cuanto hombre, es precisamente reflejo de la misericordia divina y participación de la de Dios; y en cuanto Dios, es la misma única misericordia del Padre y del Espíritu Santo.

Semejantes expresiones de Santa Margarita responden a un modo de hablar que era frecuente en

su tiempo y que se oía desde los púlpitos. No es que se negara la verdad que acabamos de afirmar en el párrafo anterior, pero se presentaba de modo deficiente el doble hecho revelado del amor misericordioso de Dios y del aspecto de un Dios que juzga y castiga. No justificamos hoy ese modo de expresarse los autores del siglo XVII, pero comprendemos lo que de verdadero querían expresar.

La Santa, por lo demás, hablará expresamente también de la misericordia en Dios: "... a fin de que los pecados no llegasen a su colmo, y que Dios, por su misericordia, perdonara a los pecadores, en gracia del amor que El tiene a este Sagrado Corazón..." (Carta 97, a la Madre de Saumaise: **Gauthey, o.c.**, 427 (texto del ms. 9)).

Puede ayudar también a comprender que Santa Margarita en el fondo de su pensamiento no opone la justicia de Dios a la misericordia del Corazón de Jesús, el ver que en el mismo Corazón de Jesús ve ella esos dos aspectos como opuestos: «Una vez, habiéndome hecho ver en este Corazón adorable dos santidades, una de amor y la otra de justicia...» (Carta 133, al P. Croiset: **Gauthey, o.c.**, 578 (texto del ms. de Avignon)).

Acerca de esta promesa en favor de los pecadores véase Fr. **SCHWENDIMAN**, S. I., **Promesa del Corazón de Jesús en favor de los pecadores**. Apostolado de la Oración, n. 11, noviembre 1972.

c. Promesa 9.^a

Es patente en Santa Margarita la exigencia que trae consigo el aceptar la devoción al Corazón de Jesús. Se trata de responder con un amor reparador al amor tan desconocido del Señor. A la vez es notable la fuerza que pone la Santa de parte del Señor en prácticas concretas, como ésta de exponer en público la imagen del Corazón de Jesús.

Responde esto no ciertamente a un empequeñecimiento del culto al Sagrado Corazón y mucho menos a su reducción a algunas prácticas exteriores, sino a la realidad humana, que de lo exterior pasa a lo interior y que manifiesta de modo sensible lo que encierra en su espíritu.

La profundidad de la concepción de la Santa aparece bien en el contexto mismo de esta promesa: «... promete... que como El es la fuente de todas las bendiciones, El las repartiría abundantemente en todos los lugares donde fuera honrada la imagen de este Sagrado Corazón, porque su amor lo empuja a repartir el tesoro inagotable de sus gracias santificantes y saludables en las almas de buena voluntad, buscando corazones vacíos para llenarlos de la suave unción de su ardiente caridad, para consumirlos y transformarlos del todo en El. El quiere espíritus humildes y sumisos, sin deseo de otra novedad que la de cumplir su beneplácito» [Carta 131, al P. Croiset: **Gauthey, o.c., 532**].

El honrar la imagen del Corazón de Jesús no está presentado por Santa Margarita sin relación al bien de los hombres. Si el Señor quiere ser glorificado y amado, es porque esa es precisamente la disposición que el hombre ha de tener para que el Señor le comunique sus gracias. Este rasgo aparece en el texto que acabamos de citar de la carta 131.

Véase otro pasaje de la carta en la que la Santa referirá la gran promesa: «Así, el ardiente deseo que El tiene de comunicar las gracias a las almas y a los corazones bien dispuestos es lo que le hace desear ser conocido, amado y glorificado de sus criaturas, en las cuales quiere El establecer su imperio como la fuente de todo bien, con el fin de proveer a sus necesidades. Por eso quiere El que nos dirijamos a El con una gran confianza» (Carta 86, a la Madre de Saumaise: **Gauthey, o.c., 397**).

Dentro de la idea de la reparación tiene sentido particular el exponer en público la imagen del Corazón de Jesús para honrar de este modo al Señor, que tan despreciado fue en particular en su pasión y lo sigue siendo de parte de tantos que no le reconocen. Obviamente pensamos en la oración dominical: «Santificado sea tu nombre» (Mt. 6, 9) y en el deseo inextinguible de Jesús de la gloria del Padre (cf. Mt. 5, 16; Lc. 17, 18; Juan 7, 18; 11, 4.40; 12, 28; 13, 31-32; 14, 13; 15, 8; 17, 1.4; 21, 19).

El ambiente religioso y cultural nuestro es diverso

de aquel en el que Santa Margarita transmitió la voluntad y las promesas del Señor. De ahí, la necesidad de prudente adaptación en cuanto al modo.

Nuestra responsabilidad nos pide aquí un delicado discernimiento. No podemos convertir en obstáculo para llegar al Corazón de Cristo lo que El sancionó como una poderosa ayuda. Pero tampoco nos es lícito desconocer la fuerza de las imágenes en esta que es llamada «cultura de la imagen», ni podemos contribuir al olvido de Cristo y de su Corazón en un mundo que pretende secularizarse y que está desconociendo los valores del amor genuino y de la verdadera afectividad humana. Ni puede el creyente dejar de tener presentes las palabras de Jesús: «Porque quien se avergonzare de mí..., de él se avergonzará el Hijo del hombre...» (Lc. 9, 26).

6 La «gran promesa»

a. El texto de Santa Margarita

La Santa en este caso trata de referirnos palabras textuales del Sagrado Corazón. Las introduce precisando la ocasión en que las dijo el Señor, a saber, durante la comunión de un viernes. Modestamente añade ella: «si no me equivoco».

El tono es el de una promesa excepcional, y así habla el Señor de «la excesiva misericordia de mi Corazón», de «su amor todopoderoso».

El contenido de la promesa está referido en primer plano y directamente a los pecadores: «la gracia del arrepentimiento final, no muriendo en mi desgracia». Lo que añade el Señor se puede referir por igual a los pecadores y a los que ya estuvieran en la gracia del Señor: «no muriendo... sin recibir sus sacramentos (los sacramentos que son propios de ese momento), haciéndose mi Divino Corazón su asilo asegurado en el último momento».

La condición es comulgar nueve primeros viernes de mes seguidos. Exige esta condición un interés particular, en cuanto que se piden nueve comuniones, en un día concreto —el primer viernes de mes— y con continuidad —nueve primeros viernes de mes seguidos—.

Parece evidente que una comunión material, no realizada con las debidas disposiciones exigidas por el Señor, sería una burla y no podría contar con la promesa indicada. Queda, pues, excluída una práctica de los primeros viernes, que fuera concebida como un expediente fácil para poder llevar una vida cristiana descuidada. Si se trata del acto supremo del culto, como lo es la Eucaristía, este acto habrá de ser realizado «en espíritu y en verdad» (Juan 4, 24).

No pide expresamente esta condición que la comunión sea hecha como acto de culto dirigido al Corazón de Jesús. Pero nos parece que el contexto de la carta de Santa Margarita está reclamando tal

interpretación. De lo contrario, aun quien ignorara el culto al Corazón de Jesús y, por cualquier razón, comulgara de hecho en nueve primeros viernes de mes seguidos, quedaría incluido en la promesa. El contexto de la carta, en conformidad con la misión confiada por el Señor a Santa Margarita de que ella fuera propagadora del culto al Corazón de Jesús, parece exigir que la promesa sea entendida dentro del cuadro de esta devoción.

b. Implicaciones teológico-pastorales

Nuestra mentalidad, que con razón insiste en valorar lo auténtico de la religiosidad, encuentra especial dificultad en que a un acto sacramental —aunque tal acto sea la comunión— repetido nueve veces, se le prometa la garantía de salvación eterna.

Pensamos, con todo, que si se entiende esta promesa de forma análoga a como entendemos las palabras de Dios en casos parecidos, que encontramos en la misma Sagrada Escritura, la dificultad queda solucionada. La interpretación de unas frases particulares ha de realizarse a la luz de todo el conjunto.

Jesús ha prometido resucitar, indudablemente para una vida gloriosa, a quien coma su carne y beba su sangre (Juan 6, 54.58). Pero la sentencia que decide la suerte eterna del hombre no menciona el haber comulgado sino el haber hecho el bien al Se-

ñor en sus hermanos más pequeños (Mt. 25, 34-40). San Pedro recordará el día de Pentecostés la palabra profética: «Y todo el que invocare el nombre del Señor será salvo» (Hech. 2, 21), y ésta venía a ser la designación misma de los cristianos» (c. Hech. 9, 14.21; 1 Cor. 1, 2). Sin embargo, Jesús ha declarado: «No todo el que dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos» (Mt. 7, 21).

Como en tantos otros casos, la solución ha de buscarse en no oponer una frase a otra sino en integrar ambas. La comunión del cuerpo y de la sangre de Cristo nos va transformando en orden a la resurrección, y esa es su eficacia maravillosa. Pero somos seres libres y podemos anular o hacer vano el plan divino respecto a nosotros —como hubo de reprochar Jesús a los fariseos (cf. Lc. 7, 30)—, si no cumplimos el mandato central del amor cristiano. La fe en Jesús como Señor y el invocarlo es capital para la salvación (cf. Rom. 10, 9), pero a la fe han de seguir las obras, si la fe no ha de ser estéril y muerta (cf. Sant. 2, 17.20.26).

En este contexto cristiano auténtico, «la gran promesa» conserva su carácter de gracia excepcional, que el Salvador ha querido conceder a los fieles para manifestarles la bondad de su Corazón, lleno de infinita misericordia, que desea ardientemente la salvación de los hombres. Hacer de esta particular garantía de salvación, una garantía de impunidad en

la vida cristiana sería no sólo ignorar el sentido más elemental del mensaje cristiano sino reírse de Dios; y con esto ciertamente no transige el Señor (cf. Gal. 6, 7).

La práctica pastoral de hoy, que tanto fomenta la participación en la celebración eucarística por la comunión, en especial el domingo, nada ha de temer el hecho de que se vaya comulgando ya el viernes precedente. Quien ha recibido al Señor el viernes en el espíritu del culto al Corazón de Jesús está más preparado para participar en la celebración dominical con la comunidad cristiana, que celebra el domingo, especialmente la Pascua del Señor.

Algunos creen que esta promesa del Corazón de Jesús fue motivada por el deseo del Señor de fomentar una comunión más frecuente que la que estaba en uso hace tres siglos entre el pueblo cristiano. Gracias a Dios, el movimiento litúrgico ha hecho notables progresos en este terreno y hoy no parecería tan urgente ese objetivo.

De todos modos, continúa teniendo plena razón de ser la comunión de los primeros viernes como acto de culto específico al Sagrado Corazón. Diríamos que es de importancia pastoral decisiva para la devoción el que un día al mes en la liturgia de la palabra y en la liturgia eucarística, de modo regular, se viva directamente lo que este culto significa para la vida cristiana.

c. Los primeros viernes en la Iglesia

El 28 de junio de 1889, por Decreto de la S. Congregación de Ritos, concedía León XIII que en las iglesias en las que, con la aprobación del Ordinario, se tuvieran los primeros viernes ejercicios especiales de piedad en honor del Corazón de Jesús, pudiera añadirse también la Misa votiva del mismo Sagrado Corazón (ASS 21, 695).

El rito, según se precisaba en 20 de mayo de 1890, era el de las Misas votivas celebradas solemnemente (ASS 22, 738-739). Esto valía aún para las Misas votivas leídas, es decir, sin canto (ASS 24, 739; 25, 374).

No creemos necesario recoger otros varios documentos posteriores, que se refieren a la Misa votiva del Corazón de Jesús en los primeros viernes.

El 21 de julio de 1899 el Cardenal Mazzella, Prefecto de la S. Congregación de Ritos, se había dirigido en nombre de León XIII a todos los obispos del mundo con ocasión de la Encíclica «Annum Sacrum», y entre las recomendaciones particulares para fomentar el culto al Corazón de Jesús presentaba la práctica de los primeros viernes.

El texto del Cardenal Mazzella era éste: «Desea también mucho el Papa que con diligencia se propague más ampliamente la práctica, muy recomendada y ya en uso en muchas partes, por la que el primer

viernes de cada mes se celebran algunos obsequios en honor del Santísimo Corazón: recitando públicamente las Letanías, que hace poco aprobó él, y repitiendo la fórmula de consagración por él propuesta. Pues, si esta práctica se extiende en el pueblo cristiano y se convierte como en costumbre, se afirmará continua y frecuentemente el derecho divino y regio...» (ASS, 32, 53).

En la Bula de canonización de Santa Margarita María (13 mayo de 1920), el Papa Benedicto XV recoge la manifestación hecha por el Señor a la Santa de que comulgara ella el primer viernes de cada mes, y la promesa general que nosotros hemos llamado «la gran promesa» (AAS 12 (1920) 492.503).

Pío XI en la Encíclica «Misericordissimus Redemptor» afirmaba que del culto al Corazón de Jesús había brotado, entre otras prácticas, «aquella costumbre de comulgar el primer viernes de cada mes según el deseo de Cristo, la cual ciertamente es hoy costumbre por todas partes» (AAS 20 (1928) 167).

Juan XXIII convocó y dirigió el sínodo romano en 1960. En él leemos: «El primer viernes de cada mes se fomenten la sagrada comunión y el piadoso acto, llamado Hora Santa, con lo que se tribute al Corazón de Jesús la debida reparación...» (Parte 3, tit. 2, cap. 1, n. 534 párrafo 2).

NOTA BIBLIOGRAFICA

Como trabajos recientes sobre las Promesas del Sagrado Corazón recordamos:

JEAN LADAME, *Les faits de Paray-le-Monial*. Edute critique. Editions Saint Paul. Paris-Fribourg. 1970.

JOSE F. CORTA, S. J., *La gran promesa del Sagrado Corazón de Jesús*. Secretariado del Apostolado de la Oración. Madrid. 1972.

J. L. DE URRUTIA, S. J., *Espiritualidad posconciliar según el Corazón de Cristo*. Edit. «Sal Terrae». Santander. 1972.

INDICE GENERAL

| | <i>Página</i> |
|---|---------------|
| <i>PROLOGO por el R. P. David Meseguer y Murcia, S. J.</i> | <i>3</i> |
| <i>SINOPSIS por el Autor</i> | <i>8</i> |
| <i>C. I - Autenticidad del Carisma de Santa Margarita María</i> | <i>9</i> |
| <i>C. II - Las promesas del Corazón de Jesús</i> | <i>27</i> |
| <i>Nota bibliográfica</i> | <i>56</i> |